

Capítulo V

“Eso de la leña que ustedes me aconsejan ¿por qué no empiezan ustedes a darla?”

J.D.Perón - Día del Trabajador - Plaza de Mayo - 1° de Mayo 1952”

“El 1° de Mayo 1955... Perón pronunció un virulento discurso donde no dejaba de invocar a sus “legiones de incendiarios y colgadores”, a los que toda vez que estaba iracundo se refería amagando hacia el Barrio Norte, cuyas casas decía, haría incendiar con nafta y a sus moradores colgar de los faroles de Buenos Aires.”

(Ref.: <http://josefrig.tripod.com/violencia.htm>)



Se desató una locura en el país contra los curas, que arrastró incluso a sus familias. Dos hermanos de mi padre, que eran sacerdotes, vinieron a la casa de mi abuela en busca de refugio.

Muchas iglesias y la catedral de Buenos Aires, quemadas; las leyendas en las paredes eran de todo tipo: “La única iglesia que ilumina, es la que arde”. Un cartel enorme apareció colgando del frente de la casa: “Haga patria, mate un cuervo”. Cuervos, era el mote de los curas.

Los grandes de mi casa tienen sus ojos muy abiertos; están pálidos y preocupados. Hablan despacio, contestan mal y cuchichean entre ellos.

El piletón y las piletas de la casa están llenos de agua. También el lavarropas aloja agua en reserva. Todos los baldes, fuentones y muchas latas de las grandes, albergan agua. Agua y más agua.

- *Incendiaron varias iglesias en Buenos Aires – escucho decir a los grandes.*

Veo pasar revólveres. Cuatro, cinco, seis... negros, plateados, todos grandes. Balas de distinto tamaño y encima de verdad. Dan miedo.

- *Pero ¿qué pasa? ¿Qué está pasando? ¿Alguien me explica? – preguntó con angustia.*

Están los dos curas de larga sotana negra, con sus cabezas para abajo y su preocupación enorme para arriba. Parados, quietos, no se mueven, no se sientan. Mi padre está en la casa, junto a otros dos tíos. Suben y bajan a la terraza por escaleras de madera.

Han serruchado varios caños y los llevan a la terraza. También suben bolsas de arena. ¿Qué hacen? Juntan y fabrican gorros y sombreros ¿Para qué? No entiendo nada.

Se han propuesto resistir lo que haga falta.

Me largan a la calle con orden de llegar al almacén para comprar fideos y arroz.

- *A un chico no le van a hacer nada, - escucho decir (¿será cierto?).*

Trago saliva. Camino lentamente y sin mirar a nadie. Tiemblo por dentro, pero lo último que debo hacer, es correr.

La gente cerca de la casa es poca; mucha es la que está a una cuadra de distancia y a cada lado de la calle.

Mientras recorro el camino al almacén, los grandes me ignoran; pero sus chicos me miran y hablan entre ellos. Los más grandes, ni se mueven. Miran, ocultando las manos en sus bolsillos.

En el almacén, los hijos de los dueños consultan si deben atenderme; les responden que sí. Mientras lo hacen, escucho a unas personas, pero no me volteo a mirarlas:

- *¿Este rubiecito es el de la casa de los curas?*

- *Sí, “el gringo” le decimos.*

- *¿Y quiénes son sus padres, de quién es hijo?*

- *No sé, creo que es hijo del viajante, aunque otros dicen que puede ser hijo de alguno de los curas. Andá a saber...*

Voy regresando y observo de reojo a muchos chicos que alzan piedras. La primera que me arrojan, pasa oscura, negra y grande por arriba de mi cabeza. No resisto más aparentar que no les tengo miedo, y empiezo a correr desesperado. Corro en zig – zag; es mi estrategia desde hace algunos días cuando empezaron a hostigarme, para hacerles más difícil acertar.

Tres muchachos grandes aparecen de frente con piedras en sus manos levantadas, prontos a arrojármelas. Tan solo me faltaban treinta metros. Me arrinconan contra una pared y me rodean en semicírculo. Me insultan

- *¡Hijo de puta! Curas putos...*

- *(¿¡Qué, acaso saben lo de mi mamá!?)*

El corazón me late fuerte y rápido. Me falta el aire, me pesa demasiado el respirar. Se ríen y gozan de tenerme y mostrarme como presa acorralada. Los grandes nada dicen. Miran hacia otro lado; como siempre...

Milagrosamente, veo salir resuelta a mi tía de la casa (*nunca me alegré tanto de verla*) y dirigirse directamente al grupo acosador. Los muchachotes se voltean a mirarla y es el segundo de descuido salvador, en que salto como rayo hacia la puerta de casa que me espera abierta.

Un muchachote, al que llaman Eusebio, se planta con su bicicleta y comienza a insultarla. Ella se la arranca, la toma por el marco y alzándola por encima de su cabeza, amenaza con estrellársela. El adolescente escapa, tratando guarecerse.

Sale mi abuelo y la protege con su cuerpo, mientras ella regresa hasta la puerta, arrojando el rodado contra el piso ante la vista de todos.

Una voz de hombre, fuerte y clara, nos amenaza a gritos:

- “¡Estamos esperando la orden de empezar a cortar cabezas!”

La pesada puerta de madera se cierra con violencia; se la asegura con una enorme tranca, y se le arriman armarios y roperos. Luego acercan baldes, fuentones y latas, que quedan esperando el eventual incendio.

Oscurece en Barrio Belgrano de Rosario, el barrio de las cuatro plazas enfrentadas, con el reloj al medio. Sobre la calle Zuviría, una multitud de cien personas a cada lado, estacionadas a cincuenta metros de la casa, comienzan a cantar la marcha partidaria.

Me escapo a la terraza para mirar qué pasa. El espectáculo es imponente, la gente a cada lado tiene antorchas encendidas. Cada vez cantan más fuerte y llegan más personas. Me alcanza mi padre y me reprende. Me ordena regresar con las mujeres.

El puesto de mi abuela, mi tía y yo, es el gallinero. Hay mucho olor a caca. Las gallinas y el gallo se acurrucan en sus palos, contagiados del temor.

Por un hueco del maderamen del gallinero, observo lo que pasa en la terraza. Todos empujan las bolsas “adornadas” con gorros, sombreros y caños que parecen de escopetas, contra la baja pared que sobresale en todo el frente de la casa. En la semi - oscuridad, son la imagen perfecta de una docena de hombres que están armados y esperan tranquilos, agazapados.

Confundidos entre ellos, los seis hombres (*mi abuelo, mi padre y cuatro tíos*) se mueven tomando posiciones y se muestran parcialmente. Mi padre incluso, con un revolver en cada mano, corre y salta en el borde superior de la pared del frente, no más ancha que un ladrillo. Hasta a mí, que conozco el truco, me impresiona ese techo lleno de hombres armados.

De golpe ante tal despliegue, el canto de la marcha partidaria baja su volumen; unos segundos más, desaparece. Solo quedan voces, cada vez menos y cada vez más perdidas, alejadas...

Pasa mucho tiempo y en la casa nadie habla. Todos esperan. Después, se ponen contentos y hasta ríen. El abuelo cuenta a todos que en la *Primera Guerra*, allá en Italia, puso a sus compañeros muertos a defender una casona, haciéndole creer al enemigo que eran más y dando tiempo a que llegaran los refuerzos...

Yo me duermo. Lo último que pienso es *¿si las gallinas se duermen en el palo, caerán encima de mí?*